

Todos contra Esparta. La estrategia de diversión persa en la guerra de Corinto y la «magnanimidad» del Gran Rey¹

Daniel Gómez Castro

Universitat Autònoma de Barcelona
danigomcas@gmail.com



Recepción: 01/11/2010

Resumen

El presente trabajo pretende analizar las relaciones internacionales en el mundo griego a finales del siglo v. Su objetivo principal es tratar de demostrar cómo el proyecto político de una facción espartana concreta actuó como detonante en el auge de las relaciones internacionales que se produjo en la Hélade en ese período. Éste fue un precedente directo de todos los hechos que marcarán el inicio del siglo posterior, entre los cuales destacan la campaña de Ciro, *el Joven*, la guerra espartano-persa y la guerra de Corinto.

Palabras clave: relaciones internacionales; estrategia de diversión; guerra de Corinto; imperialismo.

Abstract. *Everybody against Sparta: Persian Diversion Strategy in the Corinthian War and the Great King's Magnanimity*

This paper wants to emphasize that the political project of a mere Spartan party was what actually triggered the crisis of the international relations within the Greek World at the very end of the Fifth Century BCE. Therefore, already in the next century, Cyrus the Younger's campaign, the Persian-Spartan War and the Corinthian War can hardly be explained without such a significant precedent.

Keywords: interstate relations; diversion strategy; Corinthian war; imperialism.

1. Este artículo se ha escrito en el marco de los proyectos de investigación dirigidos por los profesores Toni ÑACO DEL HOYO, *La gestión política de las crisis humanitarias en el mundo grecorromano (ss. IV-I aC)* (HAR2010-19185), y Agustí ALEMANY VILAMAJÓ, *Fontes Eurasiae Septentrionalis Antiquae et Medii Aevi* (2009SGR18). Asimismo, resulta necesario agradecer los comentarios y las sugerencias realizados por Toni Ñaco del Hoyo, Borja Antela Bernárdez y, especialmente, César Fornis. Lógicamente, cualquier error únicamente debe ser atribuido a su autor. También quisiéramos expresar nuestra gratitud a Judith Kent, de la John Rylands University Library (Manchester), por facilitarnos amablemente parte de la bibliografía utilizada. Todas las fechas citadas en el presente trabajo deben considerarse como antes de Cristo.

Sumario

- | | |
|--|---|
| 1. Introducción | 3. La fase de desgaste de la guerra de Corinto y los intereses persas |
| 2. El Segundo Imperio Espartano y la Guerra de Corinto | 4. Conclusiones |

Este trabajo pretende llevar a cabo un análisis de las relaciones internacionales en todo el Mediterráneo, con el fin de demostrar que la paz «enviada» por el Rey simplemente pretendía evitar nuevas aventuras imperialistas que cuestionaran la soberanía del Gran Rey sobre Asia Menor. Para ello, los persas consideraron establecer un garante o *prostátēs*, por utilizar la expresión de Jenofonte, de la paz que controlara al resto de *póleis* y no tuviera intereses hegemónicos en el Egeo. Así, los aqueménidas recuperaron el viejo proyecto de Darío II y, volviendo 25 años atrás en el tiempo, apostaron de nuevo por la colaboración entre Esparta y Siracusa para frenar a Atenas.

1. Introducción

La guerra de Corinto es uno de los casos históricos mejor estudiados de la historia de la Grecia clásica. Sin embargo, como se verá, los estudios realizados hasta ahora han tendido a poner énfasis en la situación interna griega para justificar los hechos acaecidos a principios del siglo IV, han dejado en un segundo plano la situación internacional y, en nuestra opinión, han perdido de vista el *background* general, el análisis del cual, pensamos, es justamente la mejor forma, si no la única, de explicar el desarrollo histórico de los acontecimientos acaecidos en la Hélade posterior a las guerras del Peloponeso.

Ya desde finales del siglo precedente, con los pactos espartano-persas de los años 412-411² y la alianza con Siracusa, las relaciones internacionales con potencias del Mediterráneo oriental y occidental condicionaron la política interna de la Hélade y fueron en gran medida el motor de los numerosos cambios que se fueron sucediendo en el escenario político griego durante el siglo IV. Los orígenes de estos pactos entre lacedemonios y persas deben buscarse en la confirmación del fracaso ateniense en Sicilia en el año 413. La derrota de Atenas hizo prever a sus enemigos tradicionales, Esparta y Persia, una defección aliada masiva en el seno de la Liga de Delos³, razón por la cual ambos estados coordinaron esfuerzos para construir un eje antiateniense que potenciara todavía más la perspectiva de una más que segura derrota de Atenas en la reanudación de la guerra del Peloponeso⁴.

2. Sobre estos pactos, resultan fundamentales los trabajos de E. LÉVY (1981), «Les trois traités conclus entre Sparte et le Roi», *BCH* 107.1, p. 221-241, y de C. ROMANO (1996), «I trattati spartano-persiani durante la guerra deceleica», *Studi di Antichità* 9, p. 235-256.
3. M. ZÄHRNT (1983), «Hellas unter Druck? Die griechisch-persischen Beziehungen in der Zeit vom Abschluss des Königsfriedens bis zur Gründung des Korinthischen Bundes», *AKG* 65, p. 249-306 (esp. p. 288 s.).
4. Eje al que se sumó Siracusa, a quien el miedo de una posible alianza entre Atenas y Cartago poco antes del año 415 (Th. 6.88.6) y la fractura tras la expedición del débil equilibrio de fuerzas entre

Además, durante los años de la Paz de Nicias, la ciudad ática desató la ira del Gran Rey, al respaldar a un rebelde como Amorges (Th. 8.5.5, 19.2, 28.2-3, 54.3; And. 3.29; Isoc. 8.97)⁵. El respaldo político a un rebelde antes que a su legítimo señor fue percibido por Darío II como un ataque personal a sus derechos como Gran Rey. Por eso, como ya se ha dicho, la derrota en Sicilia otorgó una oportunidad inmejorable para recuperar las posesiones atenienses minorasiáticas y, además, castigar a Atenas de forma ejemplar apoyando a sus enemigos en Grecia y derrotándola en el Egeo definitivamente⁶. Este primer tratado de cobeligerancia pasó a ser una alianza formal en el segundo tratado (Th. 8.37.1-5)⁷. Darío II trataba de demostrar a sus aliados griegos su compromiso con ellos y, para darle un carácter de larga duración a la alianza, incluyó a sus dos hijos (uno de los dos debía ser el futuro Gran Rey) en el preámbulo del tratado⁸ y trató de construir un marco político estable en la zona en condiciones de igualdad con los laconios⁹. Por ello, no sorprende la llegada del príncipe Ciro como sátrapa en 407 (X. *HG* 2.1.14), con el fin último de reafirmar los lazos de colaboración con los espartanos y construirles una flota que permitiera desplazar a los atenienses como potencia hegemónica en el Egeo, es decir, contribuir significativamente a la victoria de sus aliados lacedemonios en el largo conflicto historiográficamente conocido como guerra del Peloponeso. En este marco político (de alianza formal con el Gran Rey), los espartanos consiguieron derrotar a Atenas y erigirse como *hegemón* indiscutible en Grecia.

griegos y púnicos en la isla hizo que la polis siciliana viera la necesidad de buscarse alianzas a nivel internacional. El eje espartano-persa era, sin duda, la opción más natural, especialmente cuando había sido la facción de Lisandro la que más había contribuido a la derrota ateniense en Sicilia, pues no en vano Gilipo, el espartano a cargo de las operaciones militares en la isla, formaba parte de su facción política (D.S. 13.106.8; Plut. *Lys* 16.1-4). Sobre las aportaciones siracusanas al eje antiateniense en el Egeo, véase Th. 8.26.1; X. *HG* 1.2.8; Diod. 13.34.4, 63.1.

5. H. D. WESTLAKE (1977), «Athens and Amorges», *Phoenix* 31, p. 319-329. ZÄHRNT, «Hellas unter Druck?», p. 289, n. 120, a partir de un fragmento de Ctesias que nos informa de la existencia de un ateniense como comandante de las tropas mercenarias del padre de Amorges (Ctes. *FGrHist* 688 F 15.53), sugiere la existencia de una más que posible colaboración entre Atenas y el sátrapa persa.
6. El objetivo principal de los aqueménidas era recuperar sus territorios en Asia Menor, pero también evitar que una nueva potencia con aspiraciones hegemónicas, es decir Esparta, reivindicara en un futuro territorios bajo soberanía persa. De ahí que se incluyera en los tratados un reconocimiento explícito por parte de Esparta del derecho de Darío II de ejercer su soberanía sobre las polis griegas minorasiáticas y el compromiso lacedemonio de no atacar nunca ningún territorio del Gran Rey (Th. 8.18.1-3).
7. C. ROMANO, «I trattati spartano-persiani», op. cit., p. 242.
8. E. LÉVY, «Les trois traités», op. cit., p. 227.
9. E. BADIÁN (1991), «The King's Peace», en: M.A. FLOWER y M. TOHER (ed.), *Georgica: Greek Studies in Honour of George Cawkwell* (BICS), LVIII, Londres, p. 25-48, p. 35; ROMANO, «I trattati spartano-persiani», op. cit., p. 237. *Contra* LÉVY, «Les trois traités», p. 236 s., quien piensa que la igualdad era únicamente teórica, ya que, en la práctica, era Tisafarnes quien controlaba al ejército espartano apostado en Asia Menor y, de hecho, opina que el texto de los tratados está más cerca de lo pactado en la Paz del Rey que de la «hipotética» Paz de Calias (p. 237).

2. El Segundo Imperio Espartano y la Guerra de Corinto

Paradójicamente, la victoria espartana sobre Atenas en la guerra del Peloponeso generó tensiones sociales en Lacedemonia derivadas de la aparición de una nueva facción política que defendía la creación de un «imperio» marítimo espartano que controlara no sólo las islas griegas del Egeo, sino también todas las ciudades helenas de Asia Menor. Lisandro, el ambicioso navarco que había finalizado el largo conflicto contra los atenienses tras su victoria en Egospótamos, encabezaba esta facción¹⁰. Sin embargo, parece que, entre los años 404 y 401, el proyecto político defendido por el diarca agiada Pausanias consiguió el respaldo de los éforos¹¹. Aun así, la muerte de Agis II en el año 400 supuso un punto de inflexión clave para el devenir político en Lacedemonia. Tras la desaparición del diarca euripóntida, Lisandro utilizó su influencia para conseguir que, en lugar del hijo de Agis, Leotíquides, ascendiese al trono el hermano menor del difunto diarca, Agesilao, personaje fuertemente comprometido con la creación de un «imperio marítimo» espartano que, envuelto en la bandera del panhelenismo, consiguiera la legitimidad moral necesaria para ganarse la confianza de las ciudades griegas

10. Sobre la figura de Lisandro, véase C. BEARZOT (2004), «Lisandro tra due modelli: Pausania l'aspirante tiranno, Brasida il generale», en: C. BEARZOT y F. LANDUCCI (ed.), *Contro le «leggi immutabili»*, Milán, p. 127-160, y A. ANDREWES (1971), «Two Notes on Lysander», *Phoenix* 25, p. 206-226.
11. Sirva de ejemplo la resolución del conflicto interno en la Atenas de los Treinta. Lisandro sabía que, para llevar a cabo su proyecto, necesitaba controlar la polis ática para evitar que los demócratas se hiciesen de nuevo con el poder en la ciudad. De este modo, con la ayuda de los Treinta (X. *HG* 2.3.13-14), quienes vieron en el almirante lacedemonio un punto de apoyo a la hora de ejecutar a todos sus rivales políticos, Lisandro envió una guarnición con Calibio como harmosta (X. *HG* 2.3.14) y, posteriormente, cuando los Treinta se vieron obligados a refugiarse en Eleusis, él mismo conseguirá ser enviado a Atenas en calidad de harmosta (X. *HG* 2.4.28). La crisis dio al rey Pausanias la oportunidad de neutralizar una posible colaboración entre los Treinta y la facción política del almirante espartano y, junto a los éforos y a los aliados (excepto corintios y beocios), quienes también recelaban del posible control de Lisandro sobre Atenas (X. *HG* 2.4.29-30), tomó el protagonismo de la situación en la ciudad ática para evitar que ésta formara parte del nuevo sistema clientelar que el ambicioso «navarco» trataba de crear al margen de la Liga del Peloponeso. Sobre este aspecto, véase H. W. PARKE (1930), «The Development of the Second Spartan Empire (405-371 B.C.)», *JHS* 50.1, p. 37-79 (esp. p. 50). Respecto a la estrategia «secretista» de Pausanias para atraerse a los atenienses, véase X. *HG* 2.4.35 y s. Esto explicaría el giro político que propició el rápido fin de las decarquías a partir del año 403, cuando la pérdida de soportes del proyecto político de Lisandro en Lacedemonia se hizo evidente con la resolución de la situación en Atenas. Cabe señalar que la fecha del desmantelamiento de las decarquías sigue siendo en la actualidad objeto de debate. Gran parte de la historiografía respalda la cronología 403-402, aunque otra fecha posible sería el año 397 (véase C. HAMILTON [1992], «Lysander, Agesilaus, Spartan Imperialism and the Greeks of Asia Minor», *AncW* 23, p. 35-50, p. 47). Nosotros respaldamos la primera datación porque nos resulta más coherente con el desarrollo de la política internacional espartana y con los hechos acaecidos en su contexto histórico general. Además, las fuentes no respaldan la cronología defendida por Hamilton, pues Jenofonte (*HG* 3.4.2) informa que, en 397, Lisandro quería acompañar a Agesilao a Asia Menor para restituir en el poder a sus harmostas, lo que sugiere que dicho sistema ya había sido desmantelado con anterioridad. Un interesante análisis de la cuestión puede encontrarse en C. FÖRNISS (2007), «Las causas de la guerra de Corinto: un análisis tudicídeo», *Gerión* 25.1, p. 187-218 (esp. p. 213, n. 148).

minorasiáticas¹². Curiosamente, en Occidente, Dionisio también utilizó el ideal panhelénico ya defendido por Hermócrates (Th. 4.59-65), su fallecido líder de facción, como recurso político «imperialista»¹³. En 398, planificó una potente campaña militar para expulsar a los cartagineses de la isla y se presentó, del mismo modo que Esparta al iniciar la guerra contra Persia, como el campeón del panhelenismo en Occidente (Diod. 14.41). Agesilao permitió al tirano reclutar tantos mercenarios lacedemonios como necesitara en su guerra contra los púnicos (Diod. 14.44.2), lo cual, dado el déficit tradicional de soldados en Esparta, no deja de ser sorprendente, ya que, si bien los mercenarios que podía reclutar Dionisio podían encontrarse en los «aledaños» del *políteuma* lacedemonio¹⁴, podemos inferir, por el caso de Cinadón, que tenían ciertas atribuciones militares dentro del estado (X. *HG* 3.3.4-11)¹⁵, por lo cual se debilitaba la capacidad bélica espartana. En cualquier caso, sabemos por Diodoro (14.58.1) que Dionisio reclutó en 397 hasta mil mercenarios lacedemonios para hacer frente a la defección de los sículos en favor de Cartago. Manganaro¹⁶ relaciona este reclutamiento con los daricos encontrados en Sicilia y concluye que parte de estos mil «mercenarios peloponesios» podrían pertenecer al contingente de los «Diez Mil» mercenarios cirianos destacados en Asia Menor, con ello especula con el posible regreso de los soldados siracusanos a Sicilia (X. *An.* 1.2.9-14). Sin embargo, como él mismo reconoce¹⁷, el volumen de oro de cada una de las monedas persas equivaldría, en comparación con el sueldo de los mercenarios recordado por Jenofonte (*An.* 1.3.21), a un mes completo de sueldo, lo que indicaría que, más que una moneda diseñada para pagar tropas, era una ayuda económica de un estado hacia otro para poder hacer frente a un conflicto bélico y, probablemente, sean parte de los «30.000 arqueros persas» (daricos) que Agesilao se había llevado con él de Asia Menor (Plut. *Art.* 20.6)¹⁸. Si bien los tratados de paz con Persia del 412-411 no habían tenido éxito a la hora de solidificar las relaciones entre laconios y persas¹⁹, sí habían contribuido exitosamente a la consolidación de los lazos siracusano-lacedemonios.

El fracaso de Ciro, *el Joven*, en su asalto al trono persa en 401, desarticuló la posibilidad de llevar a cabo ese proyecto político por la vía de la negociación. Ya

12. Sobre la elección de Agesilao, véase X. *HG* 3.3.1-4. Plutarco afirmó que Agesilao fue amante de Lisandro durante sus años de juventud (Plut. *Ages.* 2.1), lo cual explicaría la facilidad del euripóntida para arrebatarse el trono a su sobrino Leotíquides.
13. H. D. WESTLAKE (1958), «Hermocrates the Syracusan», *BJRL* 41, p. 239-268 (esp. p. 240).
14. C. FORNIS (2007), «La conspiración de Cinadón: ¿paradigma de resistencia de los dependientes lacedemonios?». *SHHA* 25, p. 103-115 (esp. p. 106).
15. C. FORNIS, «La conspiración de Cinadón», op. cit., p. 109.
16. G. MANGARANO (1989), «Darici in Sicilia», *REA* 91.1.2, p. 299-317 (esp. p. 300 s.).
17. G. MANGARANO, «Darici in Sicilia», op. cit., p. 305.
18. M. F. BASLEZ (1989), «La circulation et le rôle des dariques en Grèce d'Europe à la fin du ve et au ive siècles. Apport des inscriptions phéniciennes et grecques», *REA* 91.1.2, p. 237-246 (esp. p. 237 s.).
19. Para D. M. LEWIS (1989), «Persian Gold in Greek International Relations», *REA* 91.1.2, p. 227-234 (esp. p. 232), el punto de inflexión en las relaciones entre el Gran Rey y los espartanos fue precisamente la revuelta de Ciro.

defendimos en otro lugar²⁰ que Lisandro, personaje de clara tendencia filopersa, y su facción política pactaron con Ciro dejar las ciudades griegas minorasiáticas bajo soberanía lacedemonia. En este sentido, la revuelta de Ciro podría entenderse simplemente como un conflicto sucesorio interno del reino aqueménida, pero consideramos que esta posición es errónea, ya que, como sugiere Briant²¹, resulta imprescindible integrar dicha revuelta dentro de su contexto histórico para poder entenderla correctamente. Ciro, en principio, esperaba tener éxito y, por esa razón, buscó todos los aliados posibles a nivel interno y externo, lo cual desestabilizó el equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo oriental y, entre otras cosas, provocó la revuelta egipcia en 401²². Sin embargo, Ciro no consiguió demasiados aliados, a excepción de aristócratas griegos fácilmente asimilables a Lisandro o a su programa ideológico, como el propio Jenofonte o Licio de Atenas, quienes posiblemente defendieron —integrados en el cuerpo de caballería— a los Treinta (X. *An.*, 3.3.20)²³, régimen político avalado por Lisandro, y utilizaron sus redes hospitalarias (*xenia*) para reclutar el mayor número posible de soldados hoplitas para Ciro (X. *An.* 1.1.6)²⁴. Sólo así se entiende que la mitad del ejército sublevado de Ciro estuviese compuesto por griegos que, al ser hoplitas, no pueden ser considerados como pobres que se enrolaran en una campaña militar alejada del suelo griego por necesidades económicas.

Así pues, el fuerte impulso recibido por la facción de Lisandro con la ascensión de Agesilao, junto a la amenaza meda a las *póleis* helenas de Jonia encarnada en Tisafernes tras el fracaso de Ciro (X. *HG* 3.3.3), otorgó una oportunidad inmejorable para disputar la soberanía de esa «Tercera Grecia» al debilitado Artajerjes II²⁵. El monarca aqueménida afrontaba una situación crítica para su reciente gobierno, tanto a nivel interno (asentar su posición como Gran Rey ante la nobleza sublevada y sus enemigos políticos), como a nivel externo (recuperar Egipto para el imperio persa). Como ya ocurriese en el 431 con Atenas, Esparta utilizó el poco o nada definido concepto de *αὐτονομία* y el supuesto derecho de las ciudades griegas a disfrutarlo para iniciar la guerra contra Persia²⁶.

La guerra contra Artajerjes II por el control de las ciudades minorasiáticas era más un proyecto de «dominación» que de «liberación»²⁷, como quedó demostrado

20. D. GÓMEZ (2011), «Trabajar para el enemigo: Jenofonte a la luz de la investigación reciente», en CORTÉS, J. M.-MUÑOZ, E.-GORDILLO, R. (eds.), *Grecia ante los imperios. Vª Reunión de Historiadores del mundo griego antiguo*, Sevilla, p. 197-205.
21. P. BRIANT (1995), «Introduction», *Pallas* 43, p. vii-xv (esp. p. ix).
22. P. BRIANT (2006), «La història de l'Imperi Persa (550-330)», en: J. CURTIS y N. TALLIS (ed.), *L'Imperi Oblidat: El món de l'antiga Pèrsia*, Barcelona, p. 19.
23. R. LANE FOX (2004), «Introduction», en: R. LANE FOX (ed.), *The Long March. Xenophon and the Ten Thousand*, Bath, p. 1-46 (esp. p. 11).
24. J. ROY (1967), «The mercenaries of Cyrus», *Historia* 16.3, p. 287-323; también en el mismo autor en «The Ambitions of a Mercenary», en LANE FOX (ed.), *The Long March*, p. 264-268 (esp. p. 269 s.).
25. Para Asia Menor como una «Tercera Grecia», véase H. J. GEHRKE (1986), *Jenseits von Athen und Sparta: das Dritte Griechenland und seine Staatenwelt*, Múnich, y K. BRODERSEN (2006), «Aegean Greece», en: K.H. KINZL, *A Companion to the Classical Greek World*, Oxford, p. 99-114 (esp. p. 99).
26. Para Esparta como defensora de la *αὐτονομία* de las ciudades griegas en el año 431: Th. 1.139.3.
27. El objetivo final de Lisandro era el restablecimiento de las decarquías (X. *HG* 3.4.2).

en los tres primeros años de guerra, pues Esparta no llegó a atacar nunca Caria, territorio de Tisafernes, y, en cambio, convirtió el Quersoneso, territorio de Farnabazo, en el principal escenario de la guerra. Desde nuestra óptica, parece que el objetivo real era, en primer lugar, asentar el dominio espartano sobre Asia Menor y, en segundo lugar, dominar los accesos al Mar Negro para poder controlar mejor a una Atenas que, desde el año 403, quedaba fuera del control de Lisandro²⁸. Ese incipiente «Segundo Imperio Espartano»²⁹ acrecentó el odio hacia los lacedemonios por parte de aliados como Tebas y Corinto, para quienes el establecimiento de un imperio en el Egeo suponía, además de un peligro político, la asfixia económica para unas ciudades, en especial para la ciudad del istmo, claramente empobrecidas³⁰.

En cuanto al bando persa, Artajerjes necesitó cierto tiempo para poner en orden la situación de crisis que había creado en el imperio la revuelta del joven Ciro³¹. Sin embargo, a partir del 398, inició los preparativos para llevar a cabo una potente campaña para derrotar a los espartanos en Asia Menor. Entre estos, destacan principalmente dos.

En primer lugar, la creación de una flota que atacara la flota lacedemonia en el Egeo. Para ello, Farnabazo convenció a Artajerjes de la necesidad de que el ateniense exiliado Conón compartiera el mando de la flota con el fin de fomentar la rebelión de las islas griegas descontentas con el dominio espartano (Diod. 14.39.1-4)³². Esta flota se construyó durante el año 397 y Farnabazo destinó a ella 500 talentos

28. Acerca de las intenciones de los lacedemonios en Asia Menor, véase H. D. WESTLAKE (1986), «Spartan Intervention in Asia, 400-397 B.C.», *Historia* 35.4, p. 405-426, y D.P. ORSI (2004), «Sparta e la Persia. La guerra in Asia, 400-394 a.C.», *Incidenza dell'antico* 2, p. 41-58.
29. H. W. PARKE, «The Development of the Second Spartan Empire», op. cit., p. 37-79.
30. Sobre los orígenes de la guerra de Corinto, véase J. PASCUAL (1995), «Corinto y las causas de la Guerra de Corinto». *Polis* 7, p. 187-218, y C. FORNIS, «Las causas de la guerra de Corinto», p. 187-218. El malestar de los aliados se inició con las negativas espartanas a repartir el botín de guerra y a destruir Atenas en el año 404. Por ello, tanto tebanos como corintios se negaron a enviar tropas a las campañas en Élide entre los años 403 y 401, pero, sin embargo, apoyaron al diarca Pausanias cuando éste desarticuló el control de Lisandro sobre la Atenas de los Treinta (X. *HG* 2.4.29-30). Para Corinto, además, la alianza con Siracusa hizo temer a la ciudad del istmo la pérdida de las rutas comerciales en Occidente, temor que se solapó con la más que segura indignación por el respaldo de Agesilao en 398 al tirano Dionisio (Diod. 14.44.2) y por la traición y el asesinato de Nicóteles, el enviado corintio para hacer caer la tiranía en Siracusa a manos del espartano Aristo (Diod. 14.10.3).
31. Existe una inscripción (A2Sa; M. MAYRHOFER (1978), *Supplement zur Sammlug der altpersischen Inschriften*. Vienna, 7.1) encontrada en la base de cuatro columnas del palacio real en Susa en que Artajerjes reivindica su genealogía, en un claro intento de legitimar su derecho a ejercer el cargo de Gran Rey, lo que, junto a la participación de una parte de la nobleza en la revuelta del joven Ciro, presupone que parte de la aristocracia persa podría no reconocerle dicho derecho. Puede encontrarse el texto traducido, así como un análisis histórico del mismo, en A. KUHRT (2007), *The Persian Empire: A Corpus of Sources from the Achaemenid Period*, Londres, p. 364.
32. Para M. CORSARO (1994), «Sulla politica estera persiana agli inizi del IV secolo: La Persia e Atene, 397-386 a.C.», en: S. ALESSANDRI (ed.), Ἰστορίη. *Studi offerti dagli allievi a Giuseppe Nenci in occasione del suo settantesimo compleanno*. Galatina, p. 117. Esto era un guiño del Gran Rey a los atenienses, que se completará posteriormente con el envío como sátrapa de Caria del filoaeniense Estrutas y con la ayuda económica en la reconstrucción de las murallas de Atenas (X. *HG* 4.8.9), con la finalidad de demostrar que Artajerjes no tenía intención de respaldar más a Esparta.

de plata (Diod. 14.31.9), seguramente se trataba de dinero del Gran Rey³³. Los espartanos fueron informados de la estrategia persa ese mismo año gracias al siracusano Herodas, quien observó los preparativos en Fenicia e informó rápidamente a los lacedemonios (X. *HG* 3.4.1). El conocimiento de la estrategia persa provocó el envío de Agesilao a Asia Menor (X. *HG* 3.4.2) y, seguramente, también fue la causa principal de que Esparta buscara más aliados para formar un frente antipersa en el Mediterráneo oriental y negociara una alianza con los rebeldes egipcios³⁴.

El segundo preparativo persa a destacar debe situarse en 396. En ese año, Conón interceptó un barco que regresaba de Egipto llevando consigo un embajador lacedemonio (Diod. 14.79.4-8)³⁵. La posible alianza entre estas dos potencias complicaba mucho la situación para los persas en esa parte del imperio, ya que acrecentaría significativamente sus esfuerzos bélicos en la zona, pero, además, al pactar con los rebeldes egipcios, los espartanos reconocían implícitamente que el Gran Rey no tenía derecho a ejercer su soberanía sobre ese territorio concreto y, por tanto, provocó que Artajerjes entendiese a partir de entonces la guerra contra los lacedemonios en términos personales. Esta es, en nuestra opinión, la principal razón por la cual el Gran Rey se negó a pactar de nuevo con los lacedemonios en 392. Como ya ocurriese con Atenas durante la paz de Nicias y más tarde, durante la campaña egipcio-chipriota, respaldar políticamente a un rebelde de los aqueménidas en lugar de a su «legítimo señor» suponía ganarse el odio personal del Gran Rey. Así pues, no es de extrañar que Artajerjes II considerara a los espartanos como «los más mentirosos de todos los hombres» (Plut. *Art.* 22). Esto se notó específicamente en la financiación de la mal pagada flota persa (*Hell. Oxy.* 19.2; Isoc. 4.142), que pasó a estar financiada por el Gran Rey personalmente, quien ofreció a Conón «todo el dinero que necesitara» para derrotar a los lacedemonios por mar (Diod. 14.81.5-6). Además, como se verá más adelante, financió las operaciones de guerra de enemigos como Corinto y ayudó a reconstruir los Muros Largos de los atenienses (X. *HG* 4.8.8-10; D.S. 14.84.5). Así pues, envió en 396 al rodio Timócrates a Grecia con cincuenta talentos para financiar las operaciones de guerra de las *póleis* descontentas con la política «imperialista» lacedemonia (X. *HG* 3.5.1)³⁶.

De este modo, se inició en Grecia la Guerra de Corinto. Desde nuestro punto de vista, este conflicto fue en realidad un apéndice de la guerra espartano-persa. Al desplazar las operaciones bélicas al mismo Peloponeso financiando los gastos militares de otros estados, el Medo obtenía una ventaja estratégica fundamental para el devenir del conflicto. Así, al obligar a Esparta a hacer frente a un nuevo conflicto de carácter terrestre tan cerca de su territorio, conseguía, en el mejor de los casos,

33. D. M. LEWIS (1989), «Persian Gold», op. cit., p. 232.

34. P. BRIANT (1996), *Histoire de l'empire perse: De Cyrus à Alexandre*, París, p. 655 s.

35. S. HORNBLLOWER (1992), «Sicily and the Origins of the Corinthian War», *Historia* 41/1, p. 121 s., especula con la posibilidad de que Lisandro esté detrás de la alianza con Siracusa y Egipto, lo cual hubiese podido ser una causa más de la guerra de Corinto.

36. Respecto al envío de Timócrates, D. LEWIS, «Persian Gold», p. 232 s., apoyándose en el anónimo de Oxirrincos (7.5) y en Polieno (1.48.3), piensa que Jenofonte equivoca la fecha del envío de Timócrates a Grecia y que el autor ateniense simplemente da por hecho «un rumor». Plutarco (*Art.* 20.4) menciona al rodio, pero no señala ninguna fecha.

que los lacedemonios se viesen obligados a llevar a cabo una guerra únicamente defensiva; mientras que, en el peor de los casos, evitaba que el ejército invasor en Asia Menor recibiese nuevos efectivos. Como se ha dicho, cualquiera de estas dos opciones otorgaba una gran ventaja a los persas, pues en este nuevo escenario la ciudad laconia se veía obligada a conformar y mantener los altos costes de un ejército terrestre y de la flota al mismo tiempo, mientras que los persas podían centrarse solamente en construir lo más rápido posible una poderosa flota para derrocar el «imperio» marítimo ideado por Lisandro. Desde esta óptica, la conocida como Guerra de Corinto simplemente fue una parte de la «estrategia de diversión» persa en la guerra contra Esparta. El objetivo era conseguir nuevos aliados que abrieran nuevos frentes a los lacedemonios con el fin último de debilitarles.

Los tebanos fueron quienes más interés mostraron en aprovechar la oportunidad de atacar a los espartanos (X. HG 3.5.3; *Hell. Oxy* 13.1; Paus. 3.9.9)³⁷. El odio de los tebanos hacia los laconios había ido creciendo desde el final de la guerra del Peloponeso (Isoc. 12.67-69; 4.132; Diod. 14.10.2). En el año 404, acogieron a los exiliados atenienses en la ciudad beocia (X. HG 2.4.2) y en el siguiente, en 403, respaldaron al diarca Pausanias en contra de Lisandro y los Treinta (X. HG 2.4.30), pero se negaron a enviar tropas para la expedición a Élide liderada por Agis (X. HG 3.4.25). Aprovechando un conflicto local entre locrios (aliados lacedemonios) y focidios (aliados beocios)³⁸, los tebanos dieron a los laconios una excusa formal para invadir territorio beocio y tratar de debilitar a un poderoso enemigo desarticulando la Confederación Beocia (X. HG 3.5.18). Tebas consiguió, gracias a la ayuda prestada a Trasibulo durante la tiranía de los Treinta en Atenas, un tratado de alianza «eterno» entre ambas potencias (X. HG 3.5.8-17; *IG II² I 144*)³⁹, sin duda,

37. Para J. PASCUAL (1986), «El surgimiento de una facción democrática tebana», *Faventia* 8 (1986), p. 69-83 (esp. p. 73 s.), y C. HAMILTON (1994), «Thebes and Sparta in the fourth century: Agesilaus Theban obsession», *Temata* 19, p. 239-258 (esp. p. 242), parece evidente que, después de la guerra del Peloponeso, fue ganando peso una facción política oligárquica de carácter antilacedemonio que conseguirá ascender al poder en el año 395, sin duda, a causa de lo que consideraban un claro proyecto de dominación espartano. El ascenso de Agesilao y su intención de llevar a cabo el ideario político de Lisandro no hizo más que empeorar las relaciones entre ambas potencias, y la *imitatio Agamemnonis* del diarca euripóntida en Áulide actuó como detonante de la situación (X. HG 3.4.3-4; *Plut. Ages.* 6.6). A partir de entonces, Agesilao sintió un odio visceral hacia los tebanos (X. HG 4.5.6-9, 5.1.32-3; *Plut. Ages.* 22.1-4, 23.3), por considerarlos culpables del fracaso de su proyecto para el Egeo y Asia Menor, al haber «medizado» y provocar el estallido de la guerra de Corinto (X. HG 3.5.1-4; *Hell. Oxy* 7.2-3, 18.1-5; *Plut. Ages.* 15.6), lo cual, para C. HAMILTON, «Thebes and Sparta», op. cit., p. 247, evitó una supuesta gran campaña del euripóntida contra el corazón del imperio persa. J. E. LONDON (1989), «The Oxyrhynchus Historian and the Origins of the Corinthian War», *Historia* 38.3, p. 300-313, considera que la facción antilacedemonia tebana ascendió al poder en la polis beocia a causa de las repetidas injerencias espartanas en la política interna de la ciudad (p. 301). Sobre la intención de Agesilao de aparecer como un nuevo Agamenón, véase G. RAGONE (1996), «L'Imitatio Agamemnonis di Agesilao fra Aulide ed Efeso», *MGR* 20, p. 21-49 (esp. p. 22).
38. Sobre el conflicto locrofocidio como *casus belli* de la guerra de Corinto, véase J. PASCUAL (1995), *Tebas y la confederación beocia en el periodo de la guerra de Corinto (395-386 a.C.)*, Madrid, p. 676 s., tesis doctoral microfilmada, y C. FORNIS, «Las causas de la guerra de Corinto», p. 200 s.
39. Como bien han notado J. PASCUAL, *Tebas y la confederación beocia*, op. cit., p. 692 s., y V. A. TRONCOSO (1997), «Tratados y relaciones de alianza en la guerra de Corinto», *RSA* 27, p. 21-71

con la clara intención de construir un bloque que hiciera de contrapeso a la indiscutible hegemonía lacedemonia en la Hélade. La victoria tebana en Haliarto (395) actuó de acicate para las potencias griegas descontentas con la política espartana, ya que demostraba que los laconios no eran invencibles en la guerra terrestre, lo cual, además, se solapaba con el vacío de poder y, por extensión, con la subsiguiente inestabilidad política creada con la muerte de Lisandro y el exilio del diarca Pausanias⁴⁰. Ese mismo año se sumaron al bloque formado por Atenas y Tebas potencias como Corinto, a quien Persia financió sus operaciones bélicas, y Argos, la enemiga por antonomasia de Esparta en el Peloponeso.

Ante la gravedad de la situación, las autoridades espartanas ordenaron la vuelta de Agesilao y del ejército apostado en Asia Menor (X. *HG* 4.2.3; Diod. 14.83.1), lo que significaba que la pretensión medea de abrir nuevos frentes a Esparta en la propia Grecia continental había sido un gran acierto estratégico. En primavera-verano del año 394, la flota persa codirigida por Conón y Farnabazo derrotó duramente, en las costas de Cnido, a la flota espartana dirigida por Pisandro, el cuñado de Agesilao⁴¹. El diarca espartano escondió esta información a sus tropas para no minar todavía más la moral del ejército (X. *HG* 4.3.10), pues, en el fondo, Esparta acababa de perder en Cnido toda esperanza de construir un imperio marítimo en el Egeo que sacudiera el dominio persa sobre las ciudades griegas minorasiáticas, y gran parte del ejército de Agesilao estaba formado por griegos de Asia Menor (X. *HG* 4.2.3-5). Sin duda, el desastre espartano en Cnido eliminó de golpe el sueño del «panhelenismo», es decir, de que Esparta controlara los asuntos políticos de gran parte del mundo griego, lo que suponía, como sucedería dos años más tarde, «abandonar» estas poblaciones a los designios persas. Paralelamente, se produjo también un acercamiento de Conón a Dionisio de Siracusa para intentar ganar sin éxito al tirano para la causa antilacedemonia, liderada por Persia y siempre en calidad de almirante persa, y no es de extrañar que, inmediatamente después de la batalla de Cnido, Atenas se sumara a la iniciativa y honrara al tirano (*IG* II² 18; *SIG*³ 128).

Las victorias terrestres de Nemea y Coronea de ese año dieron un respiro a las autoridades espartanas. Por un lado, el negativo, éstas no otorgaban ningún tipo de ventaja estratégica en la guerra, pero, por otro, el positivo, Esparta enviaba un

(esp. p. 31), en este tratado de alianza no se fija ningún límite temporal, lo cual sugiere un sólido compromiso por parte de las dos potencias para crear una alianza de carácter antilacedemonio.

40. Quien directamente no regresó a Lacedemonia, puesto que sabía que sería condenado a muerte por el enorme fracaso de la campaña. Para C. HAMILTON, «Thebes and Sparta», op. cit., p. 249, el exilio de Pausanias estaba claramente relacionado con la lucha de facciones en la ciudad, y era presentado como un complot de los seguidores de Lisandro, quienes consideraban que el diarca había llegado voluntariamente tarde a Haliarto y, por tanto, había abandonado a Lisandro con la esperanza de que este pereciera en la lucha. Sobre la descoordinación espartana en Haliarto, así como la estrategia lacedemonia para invadir Beocia, véase J. PASCUAL, *Tebas y la confederación beocia*, p. 710 s., y H. D. WESTLAKE (1985), «The Sources for the Spartan Debacle at Haliartus», *Phoenix* 39, p. 119-133. Un análisis reciente de la cuestión puede encontrarse en J. PASCUAL (2007), «Theban Victory at Haliartos (395 B.C.)», *Gladius* 27, p. 39-66.

41. Sobre esta medida extraordinaria y el claro nepotismo de Agesilao, véase C. FORNIS (2008), *Grecia Exhausta: Ensayo sobre la guerra de Corinto*, Göttingen, p. 178, n. 6.

mensaje de fuerza a sus enemigos en Grecia⁴². Esto situaba la guerra en un empate técnico de los contendientes: si bien por mar los espartanos habían sido derrotados, por tierra seguían siendo invencibles, lo cual eliminaba toda posibilidad de atacar directamente a la propia ciudad de Esparta como había sugerido el político acorintio Timolao (X. *HG* 4.2.12). Fue de nuevo Conón quien, al frente de la flota persa, desequilibró la balanza en contra de los lacedemonios. En el transcurso del año siguiente, en 393, tomó la isla de Cítera, desde donde podía llevar a cabo incursiones en el Peloponeso y replegarse antes de que las defensas espartanas pudieran interceptarle y, todavía mucho peor, desde esa isla se podía fomentar con relativa facilidad una revuelta ilota⁴³. Ante esta perspectiva, Antálcidas, quien, al parecer, pudo liderar la facción del diarca Pausanias tras su exilio (Plut. *Ages.* 23.2)⁴⁴, consiguió convencer a los éforos de que el imperio estaba perdido y que, por tanto, Esparta debía pedir la paz. Significativamente, los lacedemonios no hicieron su propuesta de paz al resto de potencias griegas participantes en la guerra de Corinto, sino al Gran Rey persa (X. *HG* 4.12-14).

La primera conferencia de paz se celebró en Sardes en el año 392. En ella, Antálcidas ofreció al rey todo lo que éste considerara oportuno para llegar a la paz, incluyendo la soberanía sobre las ciudades griegas de Asia Menor (X. *HG* 4.14). Sorprendentemente, el Gran Rey no aceptó los términos de paz propuestos por Antálcidas⁴⁵ y, seguramente, la negativa persa fue la causa de que se produjera una segunda reunión en Esparta al año siguiente, esta vez únicamente con poten-

42. G. J. DEVOTO (1986), «Antalcidas, and the Failed Peace of 392/91», *CP* 81.3, p. 191-202 (esp. p. 192); C. FORNIS (2003), «“MAXH KPATEIN” en la guerra de Corinto: las batallas hoplíticas de Nemea y Coronea (394 a.C.)», *Gladius* 23, p. 141-159 (esp. p. 157); C. FORNIS (2007), «Campañas espartanas olvidadas: Jenofonte y la fase de desgaste de la guerra de Corinto», *Ktēma* 32, p. 351-362 (esp. p. 351).
43. C. FORNIS (2005), «La imposible paz estable en la sociedad griega: ensayos de “koinè eiréne” durante la guerra de Corinto». *SHHA* 23, p. 269-292 (esp. p. 270).
44. *Contra* C. FORNIS, «La imposible paz estable», p. 272, n. 11. También del mismo autor: «La paz enviada por el Rey, 387/368 a.C.», *Dike* 10 (2007), p. 155-183 (esp. p. 162, n. 28).
45. Según S. RUZICKA (1992), «Athens and the Politics of the Eastern Mediterranean in the Fourth Century B.C.», *Hellas* 23.1, p. 63-70 (esp. p. 63), la negativa persa sólo puede entenderse en términos emocionales, lo cual concuerda con algunas fuentes (Plut. *Art.* 22; Dinón, *FGrH* 690 F19), cuando nos informan del enorme desprecio que Artajerjes II sentía por los espartanos. *Contra* G. A. KEEN (1998), «Persian Policy in the Aegean, 412-386 BC», *JAC* 13, p. 93-110 (esp. p. 107), quien piensa que, simplemente, el Gran Rey no llegó a entender la situación y que, por tanto, cometió un error al preferir pactar con los atenienses y no con los lacedemonios. Más interesante nos parece el razonamiento de C. FORNIS, «La imposible paz estable», op. cit., p. 275, cuando afirma que el reconocimiento espartano del derecho persa de poseer Asia Menor no era más que un formalismo político, ya que, desde la derrota en Cnido, los espartanos habían perdido toda capacidad para influir en el Egeo. Por tanto, como sugiere este mismo autor en «Identidad cultural y política de fuerzas: los griegos asiáticos hasta la Paz del Rey (386 a.C.)», en: AA.VV. (2006), *La construcción ideológica de la ciudadanía: Identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo*, Madrid, p. 283-301 (esp. p. 291), esta misma situación se daría con los atenienses en la reunión de Esparta del año siguiente, donde Antálcidas no ofreció nada que el eje antilacedemonio no poseyera ya y, muy probablemente, Artajerjes tenía la firme voluntad de vengarse de los espartanos por romper los tratados del 412-411, por la guerra en Asia y, finalmente, por intentar pactar con Egipto en 396.

cias griegas⁴⁶. Esparta ofreció a los atenienses el control de las islas de Lemnos, Imbros y Esciros, además de reconocer el derecho a mantener sus Muros Largos y a no aceptar a los exiliados; mientras que a los tebanos se les permitía mantener una posición de fuerza en Beocia a cambio de renunciar a Orcómeno. Así pues, parece que lo realmente inadmisibles para los lacedemonios era la unión entre Argos y Corinto⁴⁷. Tebas se mostró receptiva a aceptar los términos de la paz propuestos por Antálcidas (And. 3. 20-28)⁴⁸, pero a los atenienses les pareció inaceptable dejar en manos del Gran Rey a los griegos minorasiáticos. Los atenienses no estaban preparados para aceptar una paz de esas características, sobre todo teniendo en cuenta que era Esparta quien iba perdiendo la guerra y quien había pedido la paz (Plat. *Menex* 245B-C; Philoch. *FGrH* 328 F149)⁴⁹. Seguramente por esa razón Andócides manipuló los términos del tratado y eliminó de su discurso «sobre la paz» este aspecto del mismo, por lo cual muy probablemente la Asamblea lo condenó al exilio. Sorprende, por otro lado, que Jenofonte guarde silencio acerca de la suerte de la embajada ateniense. A este respecto, Badian⁵⁰ opina que si Jenofonte lo hubiese hecho, habría puesto en evidencia a su ciudad de origen y, por ello, prefirió centrarse en atacar a los odiados tebanos. Así pues, se decidió continuar la guerra.

A partir del año 391, se inicia una segunda fase en la guerra de Corinto. Con el dinero que, en secreto, les dio Tiribazo (X. *HG* 4.8.15-17), los espartanos construyeron una nueva flota e iniciaron de nuevo una serie de campañas en el Egeo y en Asia Menor. Tras el fracaso de la opción representada por Antálcidas de encontrar una solución pactada, a los lacedemonios no les quedó otra opción que reanudar la guerra⁵¹. De este modo, se llevaron a cabo campañas de recuperación de Rodas (X. *HG* 4.8.20 y s.), pieza clave en las operaciones en el Egeo, y enviaron de nuevo a Tibrón para proseguir la guerra contra el Gran Rey en Asia (X. *HG* 4.8.17)⁵². Las circunstancias eran propicias para ello, pues, con el arresto, exilio y posterior muerte de Conón en Salamina de Chipre⁵³, los persas perdieron al estratega, que,

46. Para E. BADIAN, «The King's Peace», op. cit., p. 33, esta segunda conferencia buscaba poner fin a la guerra de Corinto al margen de los designios del Gran Rey.

47. C. FORNIS, «La imposible paz estable», p. 283. Sobre la unión entre Argos y Corinto, véase G. T. GRIFFITH (1950), «The Union of Corinth and Argos (392-386 B.C.)», *Historia* 1, p. 236-256; M. WHITBY (1984), «The Union of Corinth and Argos: A Reconsideration», *Historia* 33.3, p. 295-308; C. BEARZOT (2004), *Federalismo e autonomia nelle Elleniche di Senofonte*, Milán, p. 31-36, y especialmente C. FORNIS, *Grecia Exhausta*, op. cit., p. 149-176, quien defiende que la anexión de la ciudad ístmica por parte de Argos fue una exageración malintencionada de la aristocracia filolaconia, entre quienes se contaba el propio Jenofonte.

48. La polis beocia estaba muy agotada económicamente y, de hecho, en 390 tratará de firmar la paz por separado con Esparta (X. *HG* 4.5.6; Plut. *Ages.* 22.1 s.).

49. T. T. B. RYDER (1965), *Koine Eirene*, Londres, Oxford University Press, p. 30.

50. E. BADIAN, «The King's Peace», op. cit., p. 35.

51. C. HAMILTON, «Thebes and Sparta», op. cit., p. 251.

52. Sobre la importancia de Rodas en las operaciones bélicas en el Egeo, véase R. M. BERTHOLD (1980), «Fourth Century Rhodes», *Historia* 29, p. 32-49; E. DAVID (1984), «The Oligarquic Revolution of Rhodes, 391-89», *CP* 79.4, p. 271-284; C. FORNIS, «Las causas de la guerra de Corinto», op. cit., p. 204 s.

53. Conón fue arrestado por Tiribazo en 392 durante la primera reunión en Sardes bajo la falsa acusación de traición al Gran Rey. Tiribazo, que había aceptado la propuesta de paz de Antálcidas sin

por su condición de griego, estaba más capacitado para dirigir la guerra contra los lacedemonios, ya que, como el caso de Cítera había puesto de manifiesto, conocía a la perfección las debilidades de Esparta y, por lo tanto, sabía mejor que cualquier persa la forma más efectiva y rápida de derrotar a los laconios⁵⁴. Además, las potencias pertenecientes al sinedrio antilacedemonio, que iniciaron la guerra ya empobrecidas, estaban muy agotadas económicamente por la duración del conflicto y, en aquel momento, únicamente Atenas era capaz de continuar la guerra por sí misma⁵⁵. Tebas, por ejemplo, participó de forma puntual en algunas campañas menores, pero ya no volvería a movilizar el ejército regular de la Liga Beocia en todo el conflicto. En cuanto a Argos, las invasiones y el saqueo de su territorio dirigidas por Agesípólis (X. *HG* 4.7.2) obligaron a la potencia arcadia a centrarse en llevar a cabo una guerra de carácter defensivo y ayudar a Corinto, ya completamente exhausta e incapaz de participar por ella misma en la guerra⁵⁶.

3. La fase de desgaste de la guerra de Corinto y los intereses persas

En una situación de «guerra de desgaste»⁵⁷, el centro de interés de la política internacional se desplazó a Oriente, es decir, a la campaña persa de recuperación de Egipto. El país nilótico llevaba poco más de diez años fuera de la influencia persa y Artajerjes proyectó una potente campaña para derrotar a unos rebeldes que no le reconocían el derecho a gobernar ese territorio. Sin embargo, cualquier campaña contra Egipto estaba condenada al fracaso si antes no se reducía a Chipre⁵⁸. Por ello, Artajerjes declaró la guerra a Evágoras de Salamina en el año 390 (Isoc. 9.67-68; Diod. 14.8). Al parecer, después de Cnido, el Gran Rey trató de evitar la aparición de cualquier poder que pudiese desestabilizar la futura campaña de recuperación de Egipto, razón última por la cual le declaró la guerra al rey chipriota⁵⁹. Esto sugiere que Artajerjes ya había planificado la campaña contra Egipto antes del

el conocimiento de Artajerjes II, esgrimió los mismos argumentos utilizados por el navarco para detenerlo, es decir, utilizar recursos del Gran Rey para intentar recuperar el «Imperio» ateniense. Al parecer, Conón consiguió escapar de su celda y se refugió en la corte de su amigo Evágoras de Salamina, donde parece ser que falleció poco después de llegar. Sobre el caso de Conón, véase D. A. MARCH (1997), «Konon and the Great King's Fleet, 396-394», *Historia* 46, p. 257-269, y, más recientemente, C. FORNIS (2008), «Conón entre Persia y Atenas (394-391 a.C.)», *DHA* 34.2, p. 1-32.

54. No en vano Conón se rodeó de mesenios para que le asesoraran en lo referente a las operaciones militares cerca del Peloponeso (*Hell. Oxy.* 20.3).

55. A. TRONCOSO (1999), «395-390/89 a.C., Atenas contra Esparta: ¿De qué guerra hablamos?», *Athenaeum* 87.1, p. 57-77; C. FORNIS, «La paz enviada», op. cit., p. 156.

56. Sobre la pobreza de Corinto, véase C. FORNIS, «Las causas de la guerra de Corinto», op. cit., p. 202.

57. C. FORNIS, *Grecia Exhausta*, op. cit., p. 136.

58. G. SHRIMPTON (1991), «Persian Strategy Against Egypt and the Date for the Battle of Citium», *Phoenix* 45, p. 1-20 (esp. p. 5); P. BRIANT, *Histoire de l'empire perse*, op. cit., p. 666; T. PETIT (1991), «Presence et influence perses a Chypre», en H. SANCISI-WEERDENBURG y A. KUHR (ed.), *Achaemenid History. VI. Asia Minor and Egypt: Old Cultures in a New Empire*, Leiden, p. 161-178 (esp. p. 169).

59. G. SHRIMPTON, «Persian Strategy», op. cit., p. 5; P. BRIANT, *Histoire de l'empire perse*, op. cit., p. 667.

año 390 y, por tanto, aunque esto es simplemente una hipótesis, es posible que, al margen del odio personal hacia los espartanos, el Gran Rey se negara a llegar a un acuerdo de paz en 392 con las potencias griegas para desarticular justamente cualquier posible ayuda ateniense a Evágoras de Salamina o, tal vez, quisiera poner a prueba la lealtad de Atenas y comprobar hasta qué punto los persas podían confiar en que la ciudad ática no proyectaría construir de nuevo un «imperio» que reivindicara como suya una parte de los territorios aqueménidas. Los atenienses, sin embargo, apoyaron militarmente al rebelde rey chipriota⁶⁰, lo cual, sin duda, supuso un cambio en la política internacional persa. Por un lado, los atenienses no sólo se habían negado a llegar a un acuerdo con Esparta en el año 392 con la excusa de que era inaceptable dejar a los griegos minorasiáticos bajo soberanía meda, sino que, como habían hecho los espartanos en 396 y los propios atenienses en 420 con el rebelde Amorges, habían desatado la ira del Gran Rey respaldando militarmente a quien se había rebelado contra él y, mucho peor, habían puesto en grave peligro las operaciones de recuperación de Egipto, pues Evágoras había expandido sus conquistas hacia Cilicia y Fenicia (Isoc. 4.140-1, 9.62; Ar. *Pl.* 78; Dem. 20.76; Nep. *Chabr.* 2.2; Diod. 15.2.4)⁶¹. Este «revival» del «Imperio» hizo que los persas decidieran finalmente volver a la alianza con Esparta⁶² y, por ello, reemplazar al sátrapa filoateniense Estrutas por Tiribazo en 387. Los espartanos percibieron este cambio en la política exterior persa como un acercamiento hacia ellos⁶³ y, para agradar a Tiribazo, nombraron navarco a Antálcidas (X. *HG* 5.1.6), quien negoció con el sátrapa un acuerdo de paz bilateral ese mismo año (X. *HG* 5.1.25), al que se obligaría a reconocer mediante la coerción al resto de potencias griegas en guerra con los lacedemonios⁶⁴. De este modo, asegurándose que ninguna

60. En el año 389, Filócrates, al mando de diez naves (X. *HG* 4.8.24), y en 388, Cabrias, con ochocientos peltastas y diez trirremes (X. *HG* 5.1.10), pero, sin embargo, frente a las quejas de Farnabazo, Atenas le ordenó salir de la isla inmediatamente. Las relaciones entre los atenienses, especialmente el sector político más comprometido con el ideario cononiano, y Evágoras fueron siempre muy fluidas, hasta el punto de que Atenas dedicó una inscripción apologética al monarca chipriota (*JG* II² 20). Isócrates, quien fue maestro de Timoteo, hijo de Conón, y estuvo muy implicado en la construcción de la Segunda Liga Ático-Délica, destacaba principalmente su compromiso con la causa «panhelénica» (Isoc. 15.115-7). Sobre la situación política interna ateniense, resulta fundamental el trabajo de C. FORNIS y D. PLÁCIDO (2008), «De la guerra del Peloponeso a la Paz del Rey (I). Prosopografía política ateniense», *RSA* 38, p. 45-87.

61. Todo esto, junto a la larga campaña de Trasibulo de Estiria en el Egeo (quien llegó a imponer la tasa del 5% en el comercio de Bizancio) a partir del año 390, ha hecho pensar a parte de la historiografía en un intento de recuperación del «Imperio» ateniense, sin duda como consecuencia de los enormes esfuerzos económicos provocados por una guerra, la de Corinto, a la que Atenas ahora hacía frente prácticamente sola. Véase R. SEAGER (1967), «Thrasylbulus, Conon and Athenian Imperialism 396-386 B.C.», *JHS* 87, p. 95-115; G. L. CAWKWELL (1976), «The Imperialism of Thrasylbulus», *CQ* 26.2, p. 270-277; C. FORNIS, *Grecia Exhausta*, op. cit., p. 269-297.

62. E. BADIÁN, «The King's Peace», op. cit., p. 28; C. FORNIS, *Grecia Exhausta*, op. cit., p. 292.

63. M. CORSARO, «Sulla política estera», op. cit., p. 128.

64. C. FORNIS, «La paz enviada», op. cit., p. 161. Seguimos la idea de C. TUPLIN (1997), «Medism and its Causes», *Transeuphratène* 13, p. 155-185 (esp. p. 159), extraída en parte de Plutarco (*Ages.* 23; *Art.* 24; *Mor.* 213b), de que la Paz del Rey no fue más que un pacto bilateral espartano-persa para dominar (o, desde el punto de vista persa, «estabilizar» en favor de sus intereses) a toda la Hélade, con el fin de evitar que una potencia con aspiraciones hegemónicas rompiera el tradicional

pólis griega le disputaría Asia Menor, el Gran Rey pudo cerrar el frente griego y centrar sus esfuerzos en recuperar Chipre y, sobre todo, Egipto⁶⁵.

4. Conclusiones

Así pues, la conocida Paz del Rey fue un intento por parte de Artajerjes II de volver a la política «pactista» de su padre Darío con Esparta, con lo cual estableció de nuevo la situación acordada con los lacedemonios en los tratados de 412-411, con la evidente excepción de Tebas, que salía enormemente perjudicada con el tratado. Sin duda, el odio personal de Agesilao por haber truncado su proyecto en Asia Menor fue determinante. Prueba de ello fue el juicio a Ismenias, líder de la facción antilacedemonia en Tebas, quien fue condenado a muerte bajo la acusación de haber *medizado* (X. *HG* 5.2.35), pero, tras el pacto de los laconios con Artajerjes en el año 386, dicha acusación ni siquiera puede ser tomada en serio⁶⁶. Un enorme imperio como el aqueménida debía encontrar soluciones pragmáticas para sus problemas y, en ese sentido, el odio personal del Gran Rey hacia los lacedemonios no parecía tener demasiado sentido de estado. De este modo, la campaña de recuperación de Egipto y las operaciones bélicas contra Evágoras de Salamina habrían determinado la política exterior persa y, por ello, Artajerjes aceptó en 386, viendo la actitud «imperialista» de Atenas, el mismo tratado de paz que Antácidas le ofreció en 392 (con la excepción ya analizada del caso tebano). Resulta fundamental no olvidar que, a grandes rasgos, la razón última por la que la paz del año 392 fracasó es la misma por la que triunfó en 386, a saber, la voluntad del Gran Rey. La posición de las potencias griegas no cambió en esos seis años, como lo demuestra el hecho de que fuese necesaria la coerción para que potencias como Tebas o Atenas se ciñeran al tratado de paz⁶⁷. Así pues, como se ha visto, concluimos que la paz «enviada por el Rey» no fue más que la vuelta atrás de Artajerjes

«equilibrio de fuerzas» defendido por Esparta. Recientemente, C. FORNIS, en «La imposible paz estable», ha venido demostrando la imposibilidad real de construir una paz estable en Grecia de forma multilateral, por lo cual el propio tratado de paz no pudo ser más que un pacto bilateral entre dos potencias para terminar un conflicto en favor de sus intereses particulares. Sin embargo, sigue siendo respaldada por una parte de la historiografía la idea de que la Paz del Rey fue un primer intento de κοινή ειρήνη. T. T. B. RYDER, *Koine Eirene*, fue el máximo exponente de esta tendencia. Ryder, sin duda, extrajo la idea de Diodoro de Sicilia (15.5.1; 19.1), único autor que cataloga el tratado de «paz común», mientras que el sículo posiblemente extrajo la idea de la retórica tendenciosa de Andócides (3.11). El resto de historiadores modernos defensores de la idea de κοινή ειρήνη siguen la propuesta de Ryder.

65. C. FORNIS, «La paz enviada», op. cit., p. 166 s.

66. Para una definición del término *medizar*, encontramos especialmente sugerente el trabajo de C. TUPLIN, «Medism», op. cit., p. 159 s., quien defiende que dicho concepto sólo se aplica en las fuentes a posteriori (por tanto, era susceptible de ser manipulado políticamente) y que su significado real sólo puede entenderse como ‘griegos que se alían con los persas para coartar la libertad de otros griegos’. Por tanto, el concepto haría referencia a una actitud política más que cultural.

67. Así como la participación en la coerción de la flota siracusana (X. *HG* 5.1.28), que se había mantenido al margen durante toda la guerra de Corinto y que, tras el acuerdo entre persas y lacedemonios, volvió a tener un papel destacado.

al proyecto diseñado por su padre Darío en 412-411⁶⁸, es decir, volver a la apuesta segura de respaldar a un *prostátēs* que arbitrara los asuntos en Grecia, cuya fuerza fuese estrictamente territorial y, sobre todo, reconociera el derecho persa a dominar Asia Menor, y que dispusiera de la ayuda de una potencia marítima que, como Siracusa, no tuviera intereses hegemónicos en el Egeo. Así pues, no resulta extraña la aparición de una flota siracusana bloqueando el paso al Helesponto y obligando a Atenas a ceñirse a la Paz del Rey en 386 (X. *HG* 5.1.28).

68. El tratado de paz (X. *HG* 5.1.30) no supone ninguna innovación a los pactos de 412-411, a excepción de la cláusula de la autonomía, aportación sin duda espartana que, mediante un concepto político claramente instrumentalizado, permitía a los espartanos recuperar su capacidad para influir en la política interna del resto de polis de la Hélade. Respecto al concepto de *αὐτονομία*, la bibliografía es infinita. Sin embargo, sugerimos especialmente los trabajos de R. SEAGER (1974), «The King's Peace and the Balance of Power in Greece, 386-362 B.C.», *Athenaeum* 52, p. 36-63; K. MORITANI (1988), «KOINE EIRENE: Control, Peace, and "Autonomia" in Fourth-Century Greece», en: T. YUGE y T. DOI (ed.), *Forms of Control and Subordination in Antiquity*, Leiden, p. 573-577; A. B. BOSWORTH (1989), «Autonomia: the Use and Abuse of Political Terminology», *Studi Italiani di Filologia Classica* 85, p. 122-151; B. ANTELA (2007), «Hegemonía y Panhelenismo: conceptos políticos en tiempos de Filipo y Alejandro», *DHA* 33.2, p. 1-21, y C. FORNIS, «La paz enviada», op. cit.